

# Mercados de trabajo y movilidad social en una industria sin máquinas: el caso de la construcción (Barcelona y Sarrià, 1830-1890)

Adrià Velasco Peraire

Universitat de Barcelona. Grup de recerca TIG

## Introducción

El siglo XIX trajo un crecimiento sin precedentes a la ciudad de Barcelona, que derribó sus antiguas murallas y se expandió por su Eixample hasta convertirse en una gran metrópoli a semejanza de lo que sucedía en el resto de las capitales europeas. Este aumento de la producción del ambiente construido reclamó mucha mano de obra y el sector de la construcción experimentó importantes transformaciones para responder a la nueva demanda urbana. Las nuevas oportunidades de empleo atrajeron especialmente a población migrante, para quién la construcción ofrecía una vía de entrada a la economía urbana y una posible escalera de ascenso socio-profesional. No obstante, la historiografía raramente ha ido más allá de los arquitectos y los ingenieros para comprender las características del sector y se desconocen muchas realidades del mundo de la construcción y las estrategias de otros oficios (albañiles, peones, carpinteros) para medrar en una industria también marcada por la volatilidad y los devaneos económicos.

Con el presente estudio pretendemos avanzar en el conocimiento de las características del sector de la construcción barcelonés durante el siglo XIX, con el enfoque puesto en las estrategias de movilidad sociolaboral de sus integrantes. Factores como el emprendimiento, el trabajo autónomo –a menudo convertido en autoexplotación– y el desarrollo de la habilidad jugaron un papel fundamental, pero también la explotación empresarial, la mano de obra flotante y la volatilidad del sector, traduciéndose en movilidad descendiente. El objetivo es, pues, comprender qué circunstancias y mecanismos actuaban en los mercados de trabajo y experiencias de los trabajadores de la construcción y qué estrategias de movilidad social existían, y las explicaciones para su éxito o fracaso.

## Hipótesis

A lo largo del siglo XIX el sector de la construcción en Barcelona experimentó una serie de transformaciones organizativas y técnicas que abrieron nuevas oportunidades de movilidad sociolaboral a sus integrantes. Durante el periodo de mayor demanda constructiva – básicamente la segunda mitad del siglo XIX, después de la aprobación del plan de l'Eixample– sumando los cambios en las formas de propiedad, la liberalización del mercado inmobiliario y la introducción de nuevos materiales y técnicas, existieron vías abiertas a la movilidad social ascendente para aquellos que pudieron disponer de la correcta combinación de capital y competencia o habilidad. Este segundo factor, el *skill*, fue clave en el sector de la construcción, y aquí partimos de la interpretación dada por Linda Clarke y Christine Wall, entendiéndose *skill* como “un atributo individual, la destreza física o mental para realizar una tarea en el proceso de trabajo” (Clarke & Wall, 2011, p. 105), y que se distingue de la cualificación, que es el reconocimiento teórico de esta habilidad. Desde finales del siglo XVIII existía en el sector

de la construcción un arduo conflicto sobre la cualificación, hastiado por la crisis del gremio como institución de transmisión de saberes y el auge del arquitecto como profesional liberal, con estudios académicos y politécnicos. Se hizo evidente la contradicción entre *skill* y cualificación, pues muchos trabajadores de la construcción, a pesar de no contar con la cualificación necesaria –al menos a ojos de las escuelas de arquitectura y del Estado– fueron capaces de llevar a cabo una gran variedad de obras y responder a la demanda constructiva de la ciudad, convirtiéndose en contratistas y proveedores de materiales.

Además, el sector de la construcción no experimentó una mecanización muy transformadora, al menos no al nivel de otros sectores como el textil, por lo que la mano de obra seguiría siendo un elemento de difícil sustitución, hecho que reforzaba esta importancia de la habilidad individual del trabajador. Una habilidad que era compleja, que no debe ser entendida exclusivamente como el *saber hacer* puramente manual o técnico, sino que también debe incluir el buen funcionamiento del trabajo en cuadrillas (Martini, 2019) y la habilidad para administrar gastos y materiales, pues una obra requiere una compleja ingeniería financiera (Stephenson, 2020). Con independencia de su oficio y cualificación reconocida (maestros de casas, albañiles, carpinteros, etc.), aquellos constructores que supieron y pudieron dar respuesta a las complejas necesidades de la nueva industria constructiva fueron los que protagonizaron rápidos procesos de ascendencia social, creando el mito del sector de la construcción como paraíso de oportunidades. Ahora bien, las brechas también se abrieron hacia abajo, y durante la segunda mitad del siglo XIX –aunque con profundas raíces en las transformaciones económicas del XVIII– se conformó una industria constructiva basada en unos pocos trabajadores cualificados, pero muy especializados, y una gran cantidad de mano de obra extensiva y sin cualificación, flotante y precaria, sin verdaderas oportunidades de promoción y para la que la construcción era un sector de paso.

### **Estado de la cuestión**

La bibliografía sobre el sector de la construcción en Barcelona no es muy abundante, destacando básicamente las investigaciones clásicas de Manuel Arranz (1990, 1991; 2001) sobre los gremios de la construcción en el siglo XVIII, continuadas por los estudios de Xavier Tafunell (1994) sobre la construcción residencial en el Eixample, ya para el siglo XIX, y algunos apuntes aportados por Juanjo Romero (2005) en relación con los artesanos de la construcción. Todos los autores dan una visión panorámica de un sector de la construcción que experimentó cambios importantes en paralelo al aumento del ambiente construido, con la aparición de la figura del contratista, entendido como un empresario-capitalista de la construcción que se separaba de la ejecución del trabajo. La introducción del sistema de contrata fue una innovación organizativa importante que cambió el funcionamiento del sector y puso en crisis los modelos artesanales heredados del siglo XVIII. También existen estudios sobre la evolución de la arquitectura en Catalunya desde la perspectiva de los cambios técnicos, como la difusión de la casa de escalera y plurifamiliar (López & Grau, 1971), y sus efectos sobre la organización del trabajo, con la consolidación del paleta como nuevo trabajador paradigmático de la construcción moderna del ladrillo y el mortero, en sustitución de la piedra y la madera (Rosell,

1996). Sin embargo, el aspecto que ha llamado más la atención de la historiografía ha sido la consolidación de la figura del arquitecto y demás profesiones facultativas y técnicas de la construcción, con sendos estudios sobre la crisis de los maestros de casas y la aparición de arquitectos e ingenieros (Bassegoda, 1973; Bonet et al., 1985; García, 1991; Echarte Ramos, 2022) y la consolidación de los estudios politécnicos y la Escuela de Arquitectura de Barcelona (Montaner, 1983, 1990; Gil, 2024). De este modo, raramente se ha bajado al estudio de los operarios de la construcción y sus realidades sociolaborales, y menos para el siglo XIX, y no existen estudios sobre sus estrategias de movilidad laboral y social en el periodo de cambio explicado, a excepción de la investigación de Manuela Martini (2019) sobre el trabajo en familia en la construcción y las oportunidades de emprendimiento de la población migrante, pero para el caso parisino.

En la década de los ochenta, desde la historia urbana de la ciudad de Barcelona surgieron diversos estudios que, aunque centrados en el desarrollo de los pueblos del llano barcelonés, también arrojaron un poco de luz sobre aquellos primeros artesanos y propietarios que iniciaron el proceso urbanizador, convirtiéndose así en empresarios de la construcción. En el antiguo municipio de Gràcia, Àngels Solà (1985; 1984) identificó que muchos enfiteutas de las nuevas parcelaciones de las antiguas propiedades rurales eran artesanos de la construcción, maestros de casas y carpinteros, que invertían un cierto capital y su propio trabajo para construir una casa con el objetivo de venderla, acumular más capital y reinvertir para asegurar así su promoción económica. Una inversión especulativa en el naciente mercado inmobiliario que también fue observada por Mercè Tatjer (1988) en el barrio de la Barceloneta, donde los profesionales de la construcción acumularon prácticamente un tercio de las nuevas concesiones para construir y vender. Se aprecia, así pues, una brecha de promoción social para ciertas personas a partir de las nuevas demandas urbanas, eminentemente construcción residencial. En este sentido también destacan estudios sobre la adaptación de los profesionales técnicos a las exigencias de la construcción moderna (Graus, 2020) y la revitalización del mundo artesano barcelonés durante la eclosión estilística del Modernismo (Bengoechea & Desola, 2011; Macià, 2010), pero más centrados en los aspectos técnicos y artísticos y desatendiendo la cuestión sociolaboral y la realidad de los mercados de trabajo.

Respecto a esta última cuestión, sirve de referente la historiografía británica, más avanzada en el conocimiento de la industria constructiva de los siglos XVIII y XIX. Destaca Edward Cooney (1955) y los estudios sobre los maestros de obras victorianos y sus nuevas formas de racionalización del trabajo, que fue seguido por investigaciones sobre los cambios introducidos por los nuevos sistemas de obras públicas (Bowley, 1966; Port, 1967), el surgimiento de los constructores especuladores (Dyos, 1968) o la participación de los artesanos de la construcción en el surgimiento de un mercado de vivienda obrera (Burnett, 1978). Más incisivos sobre las oportunidades sociolaborales de los trabajadores de la construcción en este mundo cambiante fueron Linda Clarke (1992) y su visión marxista de las transformaciones de las relaciones sociales de producción en la construcción del Londres del siglo XIX y James Ayres (1998), con estudios similares para el periodo georgiano. Ambos autores observan un complejo proceso de evolución de un sistema constructivo “tradicional”, definido por el trabajo artesano en jerarquía de maestros-oficiales-aprendices y la existencia de jornaleros –entendidos como trabajadores

mínimamente cualificados, que no disponían de stock de materiales pero sí de sus propias herramientas– a una moderna industria constructiva dominada por el sistema de contrata, en que los artesanos se convirtieron en trabajadores cualificados, pero sin autonomía en el proceso constructivo, y los antiguos oficiales y jornaleros, en peones de la construcción. A pesar de que ambos autores también coinciden en señalar que el siglo XVIII ofrecía más oportunidades de movilidad a carpinteros o albañiles que podían convertirse en arquitectos, picapedreros en escultores o pintores en artistas (Ayres & Art, 1998, p. 229), observan que durante el XIX se produjo un periodo de “emancipación” por el que algunos artesanos pudieron aprovechar el declive del sistema gremial para ensayar sus ideas y estrategias de negocio. Convirtiéndose, en definitiva, en contratistas y empresarios de la construcción. Estas perspectivas han venido a ser completadas en el tiempo reciente por Judy Z. Stephenson (2020), quien aboga por una mejor comprensión de los complejos sistemas de contratación de obras y añade la importancia de la existencia de redes funcionales de suministro de materiales, así como de habilidades en la gestión administrativa y financiera de la obra, para comprender el éxito de determinados contratistas en un sector otramente conocido por la volatilidad y el alto riesgo empresarial.

Con este estudio pretendemos aplicar las interpretaciones de los autores británicos para el caso barcelonés, compartiendo su metodología de análisis y añadiendo las fuentes disponibles en nuestro contexto. Pretendemos hacer una relectura de los conocimientos existentes sobre la construcción en Barcelona ahora desde la perspectiva específica de la historia del trabajo y la dimensión sociolaboral de las transformaciones urbanas, técnicas e incluso artísticas.

## **Fuentes y metodología**

El ámbito de estudio escogido es el antiguo municipio de Sarrià, una localidad al sudoeste de Barcelona que se mantuvo independiente hasta 1921. ¿Por qué Sarrià? La razón es que durante el siglo XIX este municipio se especializó en construcción para la vecina Barcelona. La crisis agraria y la inexistencia de otras actividades industriales abocaron a la población de Sarrià, que ya tenía una tradición previa en la construcción de minas de agua, al sector de la construcción y el desplazamiento a las obras de Barcelona (Toscas, 1995). De este modo Sarrià se convirtió en un clúster económico de la construcción, tanto por la gran cantidad de negocios y empresas que había como porque buena parte de la clase jornalera trabajaba en las obras de la vecina capital (Toscas, 1995: 113). Es por ello por lo que se puede vincular Sarrià a la construcción de Barcelona y nos puede ofrecer un objeto de estudio. Además, precisamente por haberse mantenido independiente hasta bien entrado el siglo XX, los archivos de Sarrià conservan documentación importante que los de Barcelona han perdido: los padrones municipales de población del siglo XIX, extraordinariamente conservados de forma casi ininterrumpida. Respecto a la representatividad, nuestro argumento es que los pueblos del llano eran un reflejo de lo que estaba pasando en Barcelona, aunque cada uno con sus particularidades (Solà, 1985), de modo que creemos justificado un estudio de caso.

Con respecto a las fuentes, hemos utilizado registros de población del antiguo municipio de Sarrià, con una cronología de 1850 a 1900 aproximadamente. Por un lado, los padrones de población de los años 1850, 1870, 1886 y 1901, sobre los que se ha hecho un vaciado nominal

y de oficios declarados, con el objetivo de observar los perfiles de aquellos declarantes del sector de la construcción: esencialmente maestros de casas, albañiles, peones, carpinteros y cerrajeros, aunque destacan otras categorías como *alarife* o *ladrillero*. Como veremos, la misma evolución de las categorías declaradas es indicativa de las transformaciones del sector. Por otro lado, también hemos trabajado con las contribuciones industriales del mismo Sarrià y para el mismo período, si bien con más disponibilidad de fechas: en intervalos de cinco años entre 1850 y 1901. Un primer ejercicio ha sido la comparación y cruce de ambas bases de datos para identificar repeticiones y omisiones. Con esto lo que pretendemos es discernir los trabajadores cualificados, o al menos con un mínimo capital, del resto de declarantes del padrón. Al fin y al cabo, si bien en el padrón aparecen muchos oficios de la construcción, sin discernir posibles distinciones sociales, en las contribuciones se establecen quiénes tenían un negocio de la construcción, para nosotros indicativo de una cierta categoría sociolaboral. El disponer de ambas fuentes para los mismos años, hemos podido hacer fácilmente un cruce nominal con un alto grado de identificación.

Una vez identificadas estas personas, hemos procedido a la reconstrucción de trayectorias, tanto individuales como familiares, para observar la evolución de estas “familias de la construcción”. Hemos observado la transmisión de oficio y la evolución de los negocios, al menos a nivel numérico por la cantidad de contribución declarada. En paralelo, también hemos analizado el total de declarantes de la construcción de los padrones y hemos comparado posibles cambios entre los años escogidos. Creemos que es un ejercicio interesante, pero puramente inicial para interpretar las estrategias de movilidad social. En primer lugar, porque por ahora sólo hemos podido observar las familias que se mantienen en el negocio, y aún no tenemos suficiente información sobre las que “desaparecen” de las fuentes (ya sea por migración, bancarrota o cambio de actividad económica). En segundo lugar, porque solo hemos podido desagregar a los declarantes en la contribución, escapándonos la gran variedad de demás perfiles profesionales. Esto también aplica para las siempre complejas categorías de “jornalero” y “propietario”. Por la mencionada especialización económica de Sarrià, y siguiendo las propuestas metodológicas para el uso del código HISCO en Catalunya (Pujadas-Mora et al, 2014), podríamos asumir que ambos conceptos incluyen a trabajadores de la construcción, el primero, y probablemente hacendados agrícolas que actuaban como promotores de obras, el segundo, pero para este estudio hemos optado por no añadirlos para evitar distorsiones. En definitiva, reconocemos que el resultado es una muestra pequeña y en buena medida condicionada por las fuentes, pero igualmente significativa para aproximarnos a unos oficios de la construcción aún muy poco estudiados.

## **Resultados e interpretación**

En total, hemos identificado las siguientes cifras de declarantes de la construcción para cada año estudiado: 171 en 1850, 426 en 1877, 492 en 1882 y 386 en 1901. En todos los casos la mayoría son albañiles, seguidos de los carpinteros y los peones. También destacamos los maestros de casas, los contratistas y los ladrilleros, que experimentan cifras muy variables que explicaremos más adelante. En un primer lugar, las cifras son de por sí significativas de la

importancia del sector de la construcción en Sarrià: en 1850, un 20% de la clase trabajadora era en la construcción, que destaca frente al 8% que identifica Cerdà para Barcelona en su *Monografía estadística*. Aun con el desarrollo que experimentó la población durante la segunda mitad del siglo XIX estas cifras no se explican por su propia demanda constructiva, sino por la gravitación económica hacia Barcelona. En este sentido, también se alinean con el desarrollo de la edificación barcelonesa, con un salto considerable entre 1850 y 1877, coincidiendo con uno de los ciclos constructivos señalados por Tafunell (1994), seguido de un declive relativo a partir de 1880, y que nosotros identificamos en una reducción de hasta 100 declarantes en 1901 respecto a 1882.

Ahora bien, aunque entre 1850 y 1901 aumentaron claramente las personas dedicadas a la construcción, no se refleja así en las contribuciones, que mantienen un número estable de una treintena de contribuyentes de la construcción, para todos los años estudiados. Esto puede ser interesante, pues puede mostrar un círculo (¿cerrado o abierto?) de empresarios de la construcción, separado del resto de oficios. Unos oficios que, por su parte, evolucionan y son indicativos del desarrollo del sector. A grandes rasgos, las contribuciones van en paralelo a los padrones: encontramos albañiles, carpinteros, ladrilleros, contratistas y maestros de casas. Lo más interesante, no obstante, es que los albañiles solo aparecen en 1850 y en los siguientes años ya no son una categoría registrada. De por sí esto demuestra un cambio importante: la desaparición del oficio de albañilería y la crisis de la antigua oficialía gremial, por la extensión del trabajo a jornal y el peonaje en la construcción. Aunque sigue habiendo albañiles en el padrón, y muchos, esta categoría debe ser leída en el sentido moderno: un trabajador semicualificado, que posee herramientas propias, a medio camino entre el antiguo maestro de casas y el peón (Rosell, 1996), pero que ha perdido control sobre el proceso de producción. Como hemos anotado antes, esto era resultado de la introducción del sistema de contrata, que centralizó la gestión económica y el aprovisionamiento de materiales en el contratista, con efectos negativos sobre la autonomía de los maestros de casas y sus oficiales, los albañiles. De hecho, no es baladí que los maestros de casas también desaparecen de las contribuciones: de 6 “albañiles alarifes” –se debe entender como equivalente– en 1850 a 2 maestros de obras en 1870, número estable en los siguientes años hasta 1901. Es necesario apuntar que este cambio de nomenclatura responde a la creación de la Escuela Especial de Maestros de Obras de Barcelona, que emitió títulos de maestros de obras entre 1859 y 1872 (Montaner, 1990) y que deben ser entendidos como profesionales técnicos, pero no artesanos de la construcción. Ya no tenían autonomía para dirigir obras, sino que actuaban como el equivalente actual de los aparejadores respecto a los arquitectos. Así pues, observamos la desaparición del maestro de casas, antiguamente entendido como un maestro artesano, y el aumento de albañiles y peones en los padrones, pero no en las contribuciones industriales.

En el reverso de este proceso encontramos dos nuevas categorías muy significativas: los contratistas y los ladrilleros (o propietarios de hornos de ladrillos o fabricante de ladrillos, que es equivalente). De ningún contratista en el padrón en 1850, se multiplicaron de 4 a 20 entre 1877 y 1886, siendo nuevamente un reflejo de las tendencias del sector, tanto a nivel de auge económico como de las transformaciones laborales. Ante la depreciación del oficio de albañilería, el contratista es exponente de unas nuevas relaciones de producción basadas en la

acumulación de capital y sus efectos en la división del trabajo (Clarke, 1992). En otras palabras, el contratista era quien tenía los recursos para asumir una obra, por lo que podemos asumir una cierta posición económica distinta de las demás declaraciones. Y, como su nombre indica, era quien subcontractaba a los artesanos, ahora en condición de jornaleros, para llevar a cabo las obras. Ahora bien, otra de las características de la construcción era el minifundismo empresarial (Bengoechea & Gabriel, 1994; Tafunell, 1994), hecho que probablemente explica por qué estos mismos contratistas no aparecen en las contribuciones industriales: aunque funcionaban como empresarios, no disponían de un capital fijo muy elevado.

La otra cara de la moneda del sistema de contrata era la provisión de materiales, que quedaba definitivamente desvinculada de la producción artesanal. Es en este sentido que toman importancia la figura de los ladrilleros, prácticamente inexistentes a mediados del siglo, pero que aumentan hasta sumar 11 fábricas de ladrillos en la contribución de 1901. Hemos podido localizar a todos los ladrilleros en los padrones y destacamos que su domicilio de residencia no coincide con la dirección anotada en la contribución, por lo que podemos suponer una separación de vivienda y negocio y, con ello, un modelo de producción industrial. Además, como explicaremos a continuación, ninguno de los apellidos de estos ladrilleros corresponde a los identificados en años anteriores de “familias de la construcción”, por lo que podemos interpretar una entrada de nuevos perfiles (y capitales) al sector de la construcción de Sarrià. Esto es importante en lo relativo a la movilidad sociolaboral, pues en otros estudios (Ayres & Art, 1998; Clarke, 1992) se ha identificado que a lo largo de los dichos cambios en el sector de la construcción no hubo una transferencia directa de la fuerza laboral, es decir, los antiguos artesanos no se convirtieron directamente en contratistas, sino que se produjo una entrada sin restricción a la construcción de muchas personas que no provenían de un pasado artesano.

En resumen y recapitulando, el análisis de los padrones y las contribuciones industriales nos muestra un cambio en la composición sociolaboral de la construcción, con la proliferación del contratista de obras y el fabricante cerámico y, por debajo, el albañil/peón-jornalero, como las dos categorías de empresario y trabajador que de hecho definirán la edificación de la Barcelona moderna. A excepción de los carpinteros, con un sistema de taller y transmisión del oficio más sólido, el resto de los oficios de la construcción experimentaron un proceso de salarización, por un lado, y especialización técnica que mermaron el sistema de trabajo artesano. Pero hasta aquí solo nos hemos referido al marco general de los mercados de trabajo en la construcción. ¿De qué manera afectó esto a las estrategias de movilidad de sus integrantes? Ante la crisis del sistema gremial y la desregulación del oficio, ¿se abrieron oportunidades a los artesanos para desarrollar nuevas ideas y modelos de gestión, como observa James Ayres (1998) para el caso londinense? Recordemos que para el caso de Gràcia Àngels Solà (1984) listó a artesanos de la construcción entre los primeros promotores de viviendas, por lo que cabe preguntarse qué distinguió a estas personas y si estaban protagonizando un proceso de movilidad social ascendente. Para concretar mejor nuestras reflexiones, en una segunda fase del estudio hemos analizado las trayectorias de las familias identificadas en los padrones y las contribuciones para así enfocar casos concretos e intentar identificar estrategias de movilidad en esta industria en transformación.

En concreto, hemos identificado 18 “familias de la construcción”; es decir, conjuntos de individuos entre los que hemos podido identificar algún grado de parentesco entre sí y que se dedican a la construcción a lo largo de los años observados en las fuentes. En todos los casos sólo podemos conocer los oficios masculinos, con excepción de algunos casos en que vemos a las mujeres al frente del negocio en caso de viudedad, y por lo tanto identificar la transmisión (o no) de oficio entre hombres. Pero más allá de la declaración del padrón, lo que es evidente es que existía una importante red de parentesco u otras conexiones entre los constructores.

El caso paradigmático es el de Ramon Miralles y Vilalta. Nieto de un tejedor de Riudecanyes que llegó a Sarrià en 1839 e hijo de un albañil que declararía ser contratista de la carretera a Girona en 1850, Ramon llegó a ser un prominente constructor y empresario inmobiliario, negocios que combinaría con una intensa actividad política en Sarrià, siendo alcalde del municipio en diversas ocasiones. Es un ejemplo perfecto de constructor venido de una antigua tradición artesanal que daría el salto a empresario. Pero más interesante es su familia. Su hermano, Teodoro Miralles Vilalta, era picapedrero, y estaba casado con María Amat, hija del carpintero Juan Amat, miembro de una familia de ladrilleros y carpinteros también afincada en Sarrià. Su hermana, Ramona Miralles y Vilalta, estaba casada con José Baruel Balasch, un carpintero hijo y sobrino de albañiles alarifes (Gaspar y Pedro Baruel). Por su lado, los Baruel también estaban emparentados con los Duran, que eran carpinteros, a través del matrimonio de Vicente Duran y Elvira Baruel. Finalmente, pero no por ello menos importante, la hija de Ramon Miralles se emparentó con la familia Mumbrú, otra importante estirpe de constructores de Sarrià. Su imponente casa aun en pie en la calle Mayor de Sarrià así lo atestigua. Sabemos que en 1838 había tres hermanos Mumbrú, José, Francisco y Vicente, albañiles y empresarios, según su declaración, que también tenían una fábrica de velas por la que pagaban 100 reales de contribución industrial. Hacia 1850 sus herederos, Vicente y Magdalena Mumbrú, decían ser carpinteros, mientras que a finales de siglo Rafael Mumbrú declara tener una fábrica de losetas hidráulicas, demostrando una estrategia de inversión en la producción de materiales. Por su parte los Mumbrú también estaban emparentados con los Torner, una familia de maestros de obras (aunque también varían su declaración a alarifes o albañiles) muy activa en Sarrià, y habiendo sido Jacinto Torner alcalde de la localidad en 1819.

Es necesario hacer un aparte en los Torner, porque es uno de los pocos casos en que de unos antepasados albañiles (Miguel y Jacinto Torner), encontramos a descendientes maestros de obras, optando pues por la cualificación profesional –concretamente a través de la titulación por la Escuela Especial de Maestros de Obras– como vía de movilidad social. En su caso, el reconocimiento oficial como maestros de obras les permitía llevar a cabo la dirección de obra privada y la firma de proyectos, siempre y cuando no entraran en las prerrogativas profesionales de los arquitectos. Y como vemos, esta posición les aseguraba estar entre las familias potentadas del municipio. Esta fórmula también fue seguida por los Arnau, que a mediados de siglo eran carpinteros, Pablo y Ramon Arnau Calopa, pero los hijos del segundo, José y Ramon Arnau Piera se titularían como maestro de obras e ingeniero, respectivamente.

Otra familia interesante fueron los Larrotxa, con una presencia ininterrumpida en los registros a través de hasta 6 hombres (Pablo, Jacinto, Jaime, Juan, Agustín y Miguel) y todos ellos ladrilleros, y cada uno con una fábrica distinta, pues así se deduce de las diferentes

direcciones a lo largo de todo Sarrià. En este caso no vemos una extensa red familiar como en los casos anteriores, pero sí un claro monopolio de la producción de ladrillos cerrado en la misma familia. Y es importante, porque precisamente sería la producción de ladrillos una vía de entrada de “nuevas familias” al sector de la construcción, especialmente a partir de 1880. Finalmente, los Vallet, una familia de cerrajeros presente en Sarrià desde 1850, provenientes de Sarra (Tarragona), y que darían el paso a grandes contratistas de obras de cerrajería: Joaquín Vallet fue uno de los contratistas de las obras del nuevo edificio de la universidad de Barcelona en la plaça de la Universitat, y en el padrón declaraba ser tratante.

En resumen, pensamos que se observan tres estrategias de negocios de la construcción:

1. El mantenimiento de los oficios “tradicionales” (albañil, carpintero) pero dentro una red más extensa que el propio taller para dar respuesta a la demanda constructiva (caso del complejo entramado familiar Miralles-Mumbrú-Torner). Son los verdaderos empresarios de la construcción, presentes en las contribuciones y que también actuaban como promotores de obras.
2. El paso de una tradición artesana previa a un estatus profesional/técnico dentro de la nueva división del trabajo en la construcción, siendo esta la vía de la profesionalización (caso de los Torner y Arnau).
3. La inversión destinada a producir materiales, tras separarse esta actividad del trabajo artesanal, y evidentemente durante el boom de la producción seriada del ladrillo (caso de los Mumbrú y los Larrotxa).

Estas serían estrategias de éxito de las familias que se adaptaron a los cambios que estaba experimentando la construcción, y en todos los casos vemos una realidad artesanal previa. No sorprende, y también lo observó Juanjo Romero (2005) entre los artesanos barceloneses del XIX. A nuestro entender, no obstante, lo más importante no era el oficio, sino la existencia de una red de relaciones y contactos que permitiera diversificar las necesidades de respuesta a los picos de demanda del sector (así como también sus riesgos). En construcción es difícil mantener una empresa sólida y permanente; esto no significa, no obstante, que no existieran redes activas –o rápidamente activables en caso de necesidad– para asumir grandes proyectos. Es en esta capacidad organizativa y de gestión donde residía la clave del éxito como constructor, una evidencia que también observó Stephenson (2020) para el caso londinense. Unas redes, donde las mujeres también jugaban un papel importante, que establecieron una cúpula de empresarios de la construcción en Sarrià.

Pero aún queda un interrogante importante: ¿qué papel juegan los contratistas en este esquema? Como hemos dicho, no se incluyen entre estas familias observadas (a excepción de los Vallet), y tampoco aparecen en las contribuciones, pero aumentan considerablemente durante el periodo estudiado en los padrones. Nuestra suposición es que se trataban de intermediarios, eran el siguiente engranaje de la cadena: eran los gestores de la mano de obra al servicio de los constructores. No disponían necesariamente de capital, o al menos no en gran cantidad, sino que lo que requerían eran habilidades de gestión y control de una mano de obra flotante y móvil. Estos eran los albañiles y peones, en el sentido de los trabajadores semicualificados y a jornal antes descritos. Su verdadero capital provenía de la capacidad

organizativa del factor trabajo y del mantenimiento de redes funcionales de aprovisionamiento de materiales y movilización eficaz de recursos. A pesar de los cambios técnicos y el evidente aumento de la complejidad de las obras, el trabajo en equipo y el sistema de cuadrillas seguía siendo consubstancial en el sector de la construcción. Por la inexistencia —e imposibilidad— de una mecanización de los procesos productivos, la construcción experimentó una forma de industrialización “alternativa al fordismo” (Martini, 2019) que mantuvo la importancia del *skill* individual y colectivo de los trabajadores. En otras palabras, las habilidades de los albañiles podían marcar la diferencia y saber gestionar y movilizar adecuadamente esta mano de obra era un valor añadido importante. De este modo, intuimos que una estrategia de movilidad social posible en este momento de cambio, más allá de las mencionadas familias que ya disponían de un capital previo, fue las de los artesanos que pudieron crear y coordinar estas redes de mano de obra y convertirse en contratistas.

La otra cara de la moneda, evidentemente, fue la de los que se verían forzados a subcontratar su trabajo a terceros, perdiendo control sobre el proceso productivo. De todas formas, aun es necesario realizar más estudios para comprender mejor las realidades de estas complejas cuadrillas de albañiles, a las que por el momento no hemos podido acceder con las fuentes aquí estudiadas. Aunque los encontramos en los padrones, es necesario seguir cruzando con otras fuentes para reconstruir mejor sus realidades sociolaborales.

## **Bibliografía**

- Arranz, M. (1990). La construcció: Un sector al marge de la revolució industrial? *Finestrelles*.  
Arranz, M. (1991). *Mestres d'obres i fusters: La construcció a Barcelona en el segle XVIII*. Col·legi d'Aparelladors i Arquitectes Tècnics de Barcelona.
- Arranz, M., & Grau, R. (2001). *La Menestralia de Barcelona al segle XVIII: els gremis de la construcció*. Arxiu Històric de la Ciutat.
- Ayres, J., & Art, P. (1998). *Building the Georgian city*. Yale University Press.
- Bassegoda, J. (1973). *Los Maestros de obras de Barcelona*. Editores Tècnics Associados.
- Bengoechea, Soledad., & Desola, R. (2011). *Barcelona menestral: 1854-1936*. Ajuntament de Barcelona.
- Bengoechea, Soledad., & Gabriel, P. (1994). *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya: Tradició i corporativisme entre finals de segle i la dictadura de Primo de Rivera*. Abadia de Montserrat.
- Bonet, A., Lorenzo, S., & Miranda, F. (1985). *La polémica ingenieros—Arquitectos en España. Siglo XIX*. Ediciones Turner, S.A.
- Bowley, M. (1966). *The British Building Industry. Four Studies in Response and Resistance to Change*. Cambridge University Press.
- Burnett, J. (1978). *A Social history of housing, 1815-1970*. Methuen.
- Clarke, L. (1992). *Building capitalism: Historical change and the labour process in the production of built environment*. Routledge.

- Clarke, L., & Wall, C. (2011). Skilled Versus Qualified Labour: The Exclusion of Women from the Construction Industry. En *Class and Gender in British Labour History: Renewing the Debate (or starting it?)* (Mary Davis). Merlin Press.
- Cooney, E. W. (1955). The Origins of the Victorian Master Builders. *The Economic History Review*, 8(2), 167-176.
- Dyos, H. J. (1968). The Speculative Builders and Developers of Victorian London. *Victorian Studies*, 11, 641-690.
- Echarte Ramos, J. M. (2022). *Estructura laboral de la arquitectura en España (1211-2010). Del taller gremial al taller horizontal*. ETSAM.
- García, M. V. (1991). *La Figura del arquitecto en el siglo XVII*. Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Graus, R. (2020). Arquitectes, enginyers i empreses en la construcció amb ferro de la xarxa de mercats de Barcelona (1848-1916). *Butlletí d'Arqueologia Industrial i de Museus de Ciència i Tècnica*, 83.
- López, M., & Grau, R. (1971). Barcelona entre el urbanismo barroco y la revolución industrial. *Cuadernos de arquitectura y urbanismo*, 80, 28-40.
- Macià, T. (2010). Les façanes de l'Eixample: Composició, materials, acabats i color. En *Cerdà i Barcelona. La primera metròpoli, 1853-1897* (Museu d'Història de Barcelona. Ajuntament de Barcelona i Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales).
- Martini, M. (2019). *Bâtiment en famille: Migrations et petite entreprise en banlieue parisienne au XXe siècle*. CNRS Éditions.
- Montaner, J. M. (1983). *L'ofici de l'arquitectura*. Universitat Politècnica de Barcelona.
- Montaner, J. M. (1990). *La Modernització de l'utilitatge mental de l'arquitectura a Catalunya: 1714-1859*. Institut d'Estudis Catalans.
- Port, M. H. (1967). The Office of Works and Building Contracts in Early Nineteenth-Century England. *The Economic History Review*, 20(1), 94-110.
- Romero Marín, J. (2005). *La Construcción de la cultura del oficio durante la industrialización: Barcelona, 1814-1860*. Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona.
- Rosell, J. (1996). *La construcció en l'arquitectura de Barcelona a finals del segle XVIII*. Universitat Politècnica de Catalunya.
- Solà, À. (1985). *Aspectos del crecimiento urbano de Barcelona en 1830-1860*. Universidad Complutense de Madrid.
- Solà, T., & Solà, Àngels. (1984). El creixement urbà de Gràcia en les dècades de 1820 i 1830: Anàlisi de la urbanització Trilla. *Actes del I Congrés d'Història de Barcelona*.
- Stephenson, J. Z. (2020). *Contracts and Pay. Work in London Construction 1660–1785*. Palgrave Macmillan Cham.
- Tafunell, X. (1994). *La Construcció de la Barcelona moderna: La indústria de l'habitatge entre 1854 i 1897*. Ajuntament de Barcelona, Regidoria d'Edicions i Publicacions.
- Tatjer, M. (1988). *Burgueses, inquilinos y rentistas: Mercado inmobiliario, propiedad y morfología en el centro histórico de Barcelona: La Barceloneta: 1753-1982*. CSIC.
- Toscas, E. (1995). *Estat i poders locals a la Catalunya del segle XIX a través d'un estudi de cas: Sarrià 1780-1860*. Universitat de Barcelona.